

Los Mormones invaden Latino América.

I n d e x

¿Quién no los ha visto? Caminan de dos en dos sin otro distintivo que uno, más bien un detalle, pero que es suficiente para reconocerles al punto: llevan unos exiguos sombreritos echados sobre la frente y que apenas aciertan a cubrir el resto de la cabeza. Si se añade la circunstancia de que además son gente más bien joven, bien portados y con aspecto de sólido atletismo sajón, entonces son Mormones, de seguro! De ordinario hablan un español detestable, aunque este elemento no permite distinguirlos de cualquier otro género de predicantes evangélicos, pues todos ellos (incluso si se apellidan Pérez) parecen hacer gala de ignorar la lengua de nuestras gentes.

Su popularidad no se debe tanto a sus éxitos apostólicos, cuanto a que su número va aumentando de modo alarmante en casi todo el Hemisferio Latino. Las gentes que los llaman "protestantes", "evangélicos", etc., y, por sus templos de extrañas denominaciones "ios de la Iglesia de Cristo" o "Iglesia de los Santos del último día", si no se dejan fácilmente arrastrar por ellos, en cambio adoptan una postura indiferentista que les separa acaso definitivamente de la Iglesia Católica.

Por este motivo (y en beneficio principalmente de catequistas y sacerdotes dedicados a la actividad pastoral en las regiones más trabajadas por éstos) hemos creído conveniente dar un resumen de su origen y sus doctrinas, que ayuden a desenmascararlos ante el pueblo sencillo, única víctima de este influjo.

Salt Lake City.

Existe en el Oeste de EE. UU. una ciudad llamada del Lago Salado (Salt Lake City), modelo de organización y de urbanismo, con lujosos edificios y parques, con una población educada y atenta, que goza de gran bienestar. Pues aunque parezca extraño, ésta es al mismo tiempo la Meca del Mormonismo, por haber sido creada por el primer grupo de seguidores de José Smith, su fundador.

Allí se preparan para recibir a Cristo cuando venga a instaurar su reino milenario. Y de allí salen en todas direcciones sus emisarios a conquistar "gentiles" en el mundo entero. Hoy cuenta con cerca de dos millones de seguidores y unos once mil "propagandistas", que viajan por su cuenta de dos en dos, sin sueldo fijo.

El Fundador.

De una oscura familia de ascendientes "visionarios", nació en Vermont en 1805, mostrando extraordinaria afición a las revelaciones, a la busca de tesoros ocultos, y a la práctica de extraños métodos curativos. Nunca dió su nombre a la Iglesia Metodista, que prevalecía en aquella región, ni a ninguna otra denominación, a causa —dice él mismo— de la dificultad de hallar la verdad en aquel laberinto y confusión entre las diversas iglesias. Uno de sus historiadores comenta: "Joe no gustaba de la lectura y conocía muy mal la Biblia. Era el más ignorante de todos los hijos y en la casa le llamaban el analfabeto. En busca de tesoros escondidos había llenado de agujeros toda la tierra alrededor de su casa. Tenía una piedra adivinatoria, con la cual pretendía poder contemplar todas las cosas".

No es extraño que un buen día llegara a asegurar seriamente que “el cielo le había hablado” y que un extraño personaje le había revelado dónde encontraría las “tablas de oro” y el secreto que en ellas se descubriría. No daría su nombre a ninguna secta, “porque todas estaban en el error y eran una abominación” a sus ojos, sino que fundaría otra más, sin duda libre de esas máculas. La prueba de su mandato se hallaba en que, en efecto, cerca de la ciudad de Manchester dió con las planchas de oro escritas en caracteres egipcios de difícil lectura, las cuales, convenientemente traducidas, fueron divulgadas por sus amigos, ya que no hubo modo de que nadie viera el original, esfumado a tiempo sin dejar rastro de sí.

No solo publicó este “Libro del Mormón” (extraña mezcla de “mensajes celestes” noticias inverosímiles y recomendaciones doctrinales). A él le siguió la “Perla de Gran Precio” donde nos da traducciones de la Biblia, del llamado Libro de Moisés y de Abraham y el libro titulado “Doctrinas de la Alianza”.

En sucesivas visiones, Smith y su compañero Cowdery son ordenados sacerdotes según el orden de Melquisedec, se bautizan mutuamente por inmersión “para remisión de sus pecados” y Joe recibe el título de “vidente y apóstol de Cristo”. La nueva secta se llamaría “Iglesia de Cristo”, título que cambió Joe a los cuatro años en “Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día”.

Poco a poco se fueron extendiendo hacia el Oeste fundando colonias que se dedicaban al cultivo de los campos y atrayéndose nuevos seguidores con su conducta ordenada y su buena administración, no sin que de vez en cuando tropezaran con dificultades serias, ocasionadas sobre todo por su tendencia a aislarse de los demás y a practicar la poligamia. Pero Smith aseguraba que él sabía por revelación que la pluralidad de mujeres era la mejor manera de imitar a los Patriarcas de la Antigua Ley y de llegar a ser “como dioses” y lo mismo él que sus principales cooperadores pusieron manos a la obra, arrastrando con su ejemplo a otros muchos e introduciéndose abusos que acabaron con la paciencia de sus conciudadanos (1). Se produjo una revuelta armada y en ella perdieron varios de ellos la vida, incluido el mismo Smith. Siguieron incendios de sus casas, insultos en público y otras manifestaciones de indignación popular, que aconsejaron a Brigham Young iniciar una nueva peregrinación hacia tierras más lejanas. En el que se llamó “gran éxodo hacia el Oeste” recorrieron miles de kilómetros durante 102 días, hasta que al fin divisaron el lugar donde establecerían su “ciudad santa” en el valle de Salt Lake y allí se detuvieron, dando origen a lo que fué posteriormente el Estado de Utah. Desde entonces el 24 de Junio se celebra en él la “Fiesta del Pionero” en conmemoración de este suceso. A los recién llegados se unieron otros, constituyendo hoy uno de los Estados más prósperos de la Unión con un porcentaje de “santos” de un 66% y de “gentiles” tolerados de un 34%.

Sus doctrinas.

Aunque aparentemente se trata de un movimiento cristiano, sus doctrinas están muy lejos de serlo. Admiten la Biblia como fuente de revelación, pero “en tanto esté bien traducida”, y colocan junto a dicho texto sagrado corregido convenientemente, el Libro del Mormón, la Doctrina, la Alianza y la Perla de Gran Precio, en pie de igualdad y como doctrina tan revelada como aquella y

(1) “En Utah los mormones usaron ampliamente de la “revelación” introduciendo la práctica de la poligamia; muchos líderes dieron el ejemplo haciéndose con abundantes harenes. Tan solo a fines del siglo XIX y por presión del Gobierno Federal, los ancianos de la secta anunciaron una nueva “revelación” que suspendía la práctica de la poligamia entre los Santos.” Francis X. Curran, S. J. “Major Trends in American History”, The America Press, New York, 1946, pág. 80.

que prevalece en la práctica, siempre que hay algún problema de interpretación. No puede extrañar a nadie que con tales normas interpretativas se oscurezcan hasta las verdades fundamentales de todo auténtico cristianismo: Dios, la Santísima Trinidad, Jesucristo Nuestro Señor.

"Dios —asegura Smith— era entonces y es ahora lo que nosotros somos: un hombre exaltado, que se sienta en su trono allá en los espacios lejanos". No creó el mundo sino que logró dominarlo a costa de un gran esfuerzo personal, lo mismo que puede sucedernos a cualquiera de nosotros.

De este absurdo concepto de la divinidad fluyen, evidentemente, otros muchos. "El Padre —dice Smith— tiene un cuerpo de carne y hueso, tan tangible como el nuestro: lo mismo se diga del Hijo; en cambio el Espíritu Santo no tiene cuerpo; sino que es un personaje de solo espíritu. De otra manera no podría habitar en nosotros". No se sabe si, según los seguidores de la doctrina mormónica, se distinguen realmente las Personas divinas o si se las acepta como un grupo de tres dioses, totalmente diferentes el uno del otro (1).

Y, naturalmente, a Jesucristo Nuestro Señor se le reserva una condición extrañamente absurda. No solo no es Dios, sino que en su condición humana predomina una vida sexual de carácter polígamo. La pluma del creyente se resiste a reproducir aquí las frases blasfemas con las que se pretende probar esta enormidad y que nos dan una imagen de su modo de proceder que —como dice el protestante Martin— ni en la misma mitología griega es fácil hallar un caso de maldad sexual comparable con este.. "Y sin embargo —añade este autor— hay más de un millón y medio de personas que se dicen inteligentes y que lanzan esas blasfemias contra el Hijo de Dios nacido de María Virgen por obra y gracia del Espíritu Santo". (2).

El hombre existe desde toda la eternidad. Es eterno. Su salvación está asegurada definitivamente, aunque no su "exaltación" que ha de ganarse con la obediencia a las leyes, a las ordenanzas y a los mandamientos del Reino. Todo se reduce a encontrarse allá arriba con un acomodo más o menos confortable. La mayor felicidad se reserva a los "Santos", es decir, a los mormones; menor será la de aquellos que aunque cumplen sus deberes no llegan a tanta perfección. Pero también los que no han cumplido con su deber y hasta los peores criminales llegarán a alcanzar una felicidad de grado menor, ya que les bastará con un arrepentimiento tardío en la otra vida. Solo quedan definitivamente excluidos los tráfugas del mormonismo y los perseguidores de los "Santos".

¿Admite un mormón los Sacramentos? Aunque a veces se habla de ellos en la literatura corriente, su sentido es totalmente distinto del usual entre los cristianos. En la práctica se concede importancia únicamente al llamado "bautizo de los muertos", que beneficia a los que murieron ya, a condición de que tengan en la otra vida arrepentimiento y fe suficientes y al "matrimonio para el tiempo y para la eternidad".

«El mormonismo parece contemplar todo lo existente (sea en la esfera de la divinidad o en la de los pobres mortales) bajo el prisma de lo sexual —dice el P. Prudencio Damboriena— (3). El rasgo de su Dios es el de "progenitor" y ésto es lo que deben hacer cuantos vienen a la vida". "No hay salvación para quienes no hayan contraído matrimonio".

(1) "Los cristianos ortodoxos siguieron considerando a esta secta como sospechosa no solo por sus doctrinas sobre la poligamia, sino también porque se iba introduciendo en ella una incipiente tendencia politeísta." Francis X. Curran, S. J. "Major Trends in American History", The America Press, New York, 1946, pág. 80.

(2) Martin, "The Rise of the Cults".

(3) Véase la excelente obra del P. Prudencio Damboriena, S. I. "Fe católica e iglesias y sectas de la Reforma". Madrid, Razón y Fe, 1961, en la que nos hemos basado principalmente para este estudio.

Organización.

Más que una sociedad doctrinal, lo que ha brotado de este abigarrado conjunto de revelaciones, consignas y procedimientos de orden práctico ha sido una magnífica organización humana en beneficio de sus miembros, algo así —podríamos decir— como una asociación de socorros mutuos.

Con todo, se pueden distinguir dos especies de órdenes sacerdotales: el “sacerdocio de Melquisedec”, constituido por los directivos principales denominados “apóstoles”, “patriarcas”, “sumos sacerdotes”, “ancianos” y “obispos”, que se encargan de todos los asuntos de alguna importancia y que recibirán cuando convenga nuevas “revelaciones” en favor de los fieles; y el sacerdocio de “Aaron” de rango inferior y que ha de hacer cumplir las órdenes recibidas del anterior. Como autoridad suprema reconocen a tres sumos sacerdotes que forman la llamada “Primera Presidencia”. De este organismo se comunican a todas las iglesias, a través del Presidente principal que es el “portavoz de Dios”, las revelaciones y doctrinas que conviene seguir.

Juicio.

¿Qué pensar del movimiento mormón?

Basta lo expuesto hasta aquí para poder juzgar de esta organización religiosa, considerada en sí misma. Si toda secta protestante ofrece tantos puntos vulnerables a una sana crítica, la mormónica ofrece muchísimos y, además de un tamaño tan enorme que nos excusa el señalarlos de nuevo; sin que sea suficiente a disimularlos el ropaje externo de su poética historia enlazada con los orígenes de la nación norteamericana. Hay, en efecto, abundante literatura que describe poéticamente las visiones de Joe Smith; su hallazgo del tesoro de las “tablas de oro”; la revelación del libro de la Alianza; la peregrinación camino de Ohio; las persecuciones, encarcelamiento y muerte del fundador y de sus primeros compañeros en una prisión de Missouri; el “éxodo hacia el Oeste”; la fundación de Salt Lake City; la prosperidad que los “hermanos” infundieron en el nuevo Estado de Utah, etc.

Pero todo ello no basta a explicar su vaciedad interna, ni a justificar su éxito proselitista. Acaso el secreto de éste podemos aclararlo con las siguientes palabras del P. Damboriena en el libro citado anteriormente (pág. 937). Según él, el mormonismo es un producto típico del “homo religiosus americanus”. “Surge como reacción al caos de sectas prevalecientes en el país. Sus iniciadores son unos buenos labriegos, ignorantes de exégesis bíblica, pero amantes del Libro Sagrado y decididos a hacer algo por cambiar los corazones de sus contemporáneos. En su mensaje hallamos una mezcla de carismas pentecostales y de profecías sobre la segunda venida de Cristo. El desinterés por el “depositum” de las creencias comunes al cristianismo, les lleva a supresiones de ciertas verdades fundamentales y a la adición arbitraria de otras. En cambio, se dan pronto a conocer por su sólida organización, por sus finanzas y por ese empeño en mostrar al mundo que la validez del cristianismo no consiste tanto en bellas teorías como en una “vida decente” que, con su ejemplo, contribuya a mejorar la suerte de la humanidad”.